

Las cuatro paredes de la poesía de José Luis Quesada

Janet Gold. University of New Hampshire

Para los que no conocen la obra del poeta hondureño José Luis Quesada, permítanme trazar brevemente sus datos bio-bibliográficos: Nació en Olanchito, Departamento de Yoro, en 1948. Su primer libro de poesía, Porque no espero nunca más volver, le ganó el segundo premio en el certamen de poesía del Ministerio de Cultura de Costa Rica, en 1973. El poemario fue publicado por dicho Ministerio en 1974. Con su segundo poemario, Cuaderno de testimonios, ganó el premio de poesía de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras en 1980, y el año siguiente fue otorgado el segundo premio de poesía del Certamen Latinoamericano EDUCA con su poemario La vida como una guerra. Y Sombra del blanco día ganó el premio de poesía "Juan Ramón Molina" en Honduras en 1985. En 1990 el poeta juntó una antología personal bajo el título, La memoria posible. Hasta la fecha, que yo sepa, no ha publicado otro poemario.

Hace unos meses tomé el último libro de José Luis Quesada y lo abrí al último poema, que se intitula "El Cuarto". Mi idea personal de un buen poema es uno que me inquieta a la vez que me llena, que me hace sentir cómplice de una verdad compartida, que me sugiere posibilidades más allá del lenguaje. Para mí, la magia de la poesía es una configuración inimitable del lenguaje que produce en el lector una memoria, una identificación con un conocimiento antiguo. Todo esto lo sentí leyendo "El cuarto". Intentaré profundizar en esta reacción con la esperanza de iluminar la naturaleza de la metáfora del cuarto, central no solo en este poema, sino en la obra de Quesada, vista en su totalidad.

En las palabras al lector con las que presenta los poemas de esta "antología personal", el poeta pide: "que la considere el único libro que yo he publicado hasta la fecha. Una antología personal tiene todo el derecho de ser el primer libro de un autor, quien, seleccionando de aquí y de allá, logra convocar una suma ideal de poemas: los que habría querido escribir de una buena vez. . . . Y para que la ilusión sea completa, no he querido ordenarla cronológicamente. Yo creo, más que en la unidad de cualquier tipo, en la afinidad".

Es significativo que coloca "El cuarto" al final de su antología, porque la metáfora del cuarto, que aparece repetidas veces en su poesía, es una metáfora central alrededor de la cual su poesía gira, y también una metáfora culminante: un *locus* del yo que el poeta habita y que llega a ser. Me explico. Para mí hay dos maneras muy diferentes de leer la poesía, que podemos describir con las siguientes comparaciones: vertical y horizontal/onírico y narrativo/enfocando en el espacio y enfocando en el tiempo. Hay poemas que piden ser leídos como sueños, que nos abren las puertas a nuestros propios deseos más profundos. Y hay poemas que producen reacciones más mundanas, que piden ser leídos como cuentos o ensayos o espectáculos. Mi lectura de la poesía de José Luis Quesada incorpora elementos de las dos aproximaciones, las va tejiendo para producir una experiencia estética a la vez global y muy particular.

El cuarto es una imagen tanto vertical como horizontal, arquetípica y cotidiana. Es una imagen que representa la intimidad del poeta a la vez que invita al lector a entrar en su propia intimidad. El filósofo francés, Gaston Bachelard, en La poética del espacio, (La poétique de l'espace, Paris: Presses Universitaires de France, 1958), habla del significado de los espacios íntimos, como casas, cuartos, áticos, espacios que nos ofrecen refugio y que asociamos con bienestar. Dice: "Las virtudes del refugio son tan sencillas,

tan profundamente arraigadas en nuestro inconsciente, que se pueden hacer revivir con simplemente mencionarlás". (The Poetics of Space, Spanish translation mine, based on English translation by Maria Jolas, The Orion Press, 1964, Boston: Beacon Press, 1969, p.12). Pero el cuarto es más que arquetípico. Es también el lugar donde se vive en el mundo material. El cuarto es el escenario de nuestros dramas.

Tanto me gustó el cuarto de este poema culminante de José Luis Quesada, que emprendí una lectura del resto de su obra para trazar el camino que el poeta recorrió para llegar a su cuarto actual. O sea, leí su obra cronológicamente, desobedeciendo su petición. Lo leí horizontalmente, buscando una narrativa, buscando la historia del poeta en su cuarto. Aclaro aquí que cuando hablo de la presencia del poeta en su poesía, me refiero no a la persona de carne y hueso que es José Luis Quesada, sino al poeta que Quesada crea en su poesía, el poeta-narrador, el poeta-lenguaje que habita los poemas. Es importante la distinción que hago, porque me permite especular con toda libertad, partiendo de la palabra escrita, sin tener que entrar en el terreno enigmático de la biografía. Leí la obra de Quesada como un paso por el tiempo, buscando al poeta. La leí un poco como se lee una autobiografía, pero sin las expectativas de veracidad. Lo que encontré es la historia de una depuración. Encontré la búsqueda del espacio exacto que refleja el ansia del poeta de limpiarse de todo lo externo y superficial para ponerse en contacto con una verdad desnuda. Su búsqueda comienza con una partida.

Pero él ahora tiene que marcharse.

Su pie vacila en el andén del coche,
pero ya ha escrito su primer poema
(nadie lo sabe).

Con estos versos un joven poeta empieza el viaje de su primer poemario, Porque no espero nunca más volver. Está dividido en 23 poemas, ninguno con título, estrategia que permite al lector leerlos como una unidad, como una narrativa con pausas. La historia que narra es la búsqueda de una identidad poética. Va así: Un joven deja atrás el mundo familiar de su pueblo y su niñez. Se va solo. Mira para atrás pero sabe que ya no puede volver, que ya escribió su primer poema, y con eso tomó el primer paso en el camino de la realización de su auténtica identidad. Va a la ciudad, donde se siente muy solo, muy visible:

Singular: él camina
 con una rosa atada en el zapato
 y una hilacha en su traje,
 una terrible hilacha que se alarga.

Se pierde entre las calles, escaparates y bares de la ciudad. Con tanta distracción, tanto mendigo, tanto pobre, tanto dolor, encuentra que: "he olvidado el número de mi puerta". No recuerda dónde vive. No sabe cómo ubicarse. Dice: ". . . entro en mi cuarto/y me escucho llegar como si fuera otro". Pero escribe, y en el acto de escribir empieza a definirse a sí mismo, y a distinguir sus valores estéticos.

Escribo sentado sobre el mundo y mis ojos de sapo
 fulguran y estoy solo pero todo va bien:
 soy un número con muletas
 soy un imbécil que babea y trata de cantar
 camino de puntillas sobre el caos
 me enrolló como un caracol alrededor del tiempo
 la vida pasa todos los días como la vendedora de frutas
 y me importa más la forma como cae una hoja
 o la lentitud de unos párpados.

Es un desconocido en la ciudad de su deseo:

Sólo poseo en este viaje supuestas direcciones
y cartas suplicantes para desconocidos.
Llego de noche. ¿A quién preguntar a estas horas
y por quién? Al principio
Hay un deseo oscuro solamente.

En su enorme soledad, rodeado de ojos y muros que son señas que no logra
descifrar, el aprendiz toca a las puertas de su memoria, pero se queda hundido en la
oscuridad del misterio. En su dolorosa iniciación a la vocación poética, su cuarto debe ser
una imagen de refugio, pero es más bien una prisión:

Quiero abrir una puerta
y palpo las paredes
hasta cansarme

Su poesía no cumple todavía la función comunicativa:

Quiero que sepan que estoy aquí:
escribo sobre los labios cerrados,
pero nadie adivina el brillo de mis ojos.

Perpetuamente, entre unas ramas duras,
hay algo incapturable.

El cuarto, en su papel de protector, sugiere dimensiones íntimas. Pero para el
joven poeta luchando con el lenguaje,

Las paredes se alejan,
la ventana es un fuego que arde sobre el mar.

Casi al final de este primer poemario, el poeta empieza a descubrir una

Estos primeros poemas de José Luis Quesada son depuraciones. Son celdas monásticas, el poeta un novicio luchando con su desnuda soledad. Su cuarto es un espacio ajeno, cuatro paredes sin puertas. A través de su poesía, abre una puerta, excava un túnel, y en el último poema, sale de su cuarto para poder escribir otro poemario.

Ardieron los pequeños túneles
y el topo solitario
salió a buscar el aire, el sol, el cielo,
pero era casi ciego y solamente
miró el desmesurado resplandor.

Habiendo salido del espacio del yo donde estaba encerrado en su ansia y soledad, el poeta ahora sale a explorar las calles de Tegucigalpa, y la ciudad llega a ser el espacio que habita. La sección de Cuaderno de testimonios, de 1981, intitulada "El amor y otras guerras", la protagoniza una pareja que despierta "en sus lechos del dormitorio público." Ellos "piden prestado para un pequeño piso." Viven "detrás de las delgadas paredes que los separan/de villanos y pordioseros de leyenda".

Aunque "Tegucigalpa es una res quemada viva", lo hermoso es que es un espacio compartido: "Por ahora, lo nuestro:/una pena, este cuarto/de paredes extrañas, renegridas".

Pero la pareja humana, el entenderse entre amantes, es tan frágil y precario como su cuarto:

La habitación se mueve, de veras,
se balancea un poco, se acompasa:
mañana estará en otra parte
y arribaremos
los marineros a la calle.

La pareja es tan pobre que se encuentra rodeada solo de cuatro paredes:

El frío se cuele. Compartimos
el cigarro. No hay fuego ni café.
La ventana, sin embargo, está abierta.

Pero es precisamente este ambiente depurado que le hace ver y apreciar la belleza:

No es sencillo vivir:
hace un momento
que oprimía la angustia;
ahora pelas una naranja
casi tan bella como el sol.

Es el acercamiento a la inmaterialidad lo que le inspira. Debe ser vacío, desnudo, sin complicaciones de posesiones, muebles, objetos, abundancia material. Lo material, parece que estorba. Cuando experimenta la plenitud del amor, dice:

Toco esta luz, su borde conocido,
acaricio la línea de esta luz
que es la del mundo: siendo la pasión
que sube de la calle y me estremece.
No estoy solo y es alta la ventana
el espacio en que vivo y donde rozo
el hombro de una cálida mujer
que hace más bello el mundo y sus criaturas
terrosas y queridas.

En su próximo poemario, Sombra del blanco día, de 1985, el poeta lamenta la pérdida del ser amado. Ahora sí, el cuarto le ofrece protección: "Mejor sería encerrarme entre cuatro paredes, allá, donde tu imagen no cambia y soy vulnerable. . . Un cuarto donde estar, recoger mis pedazos y unirlos con ternura". Desesperado por deshacerse de la memoria que causa tanto dolor: "me alejo . . . cierro mi cuarto".

Todas las composiciones de este poemario son un lamento por un amor perdido. Son un paso inevitable por el fuego del dolor que conduce a la purificación del existir: "El amor debe ser cada vez más limpio, digno de ser vivido en pobreza o salud". La vida pura, en su esencia, se encuentra de nuevo: "Venimos a vivirnos, eso es todo".

Si el acto o la decisión de colocar su poema "El cuarto" al final de su antología personal significa una culminación, el éxito, el haber logrado una meta, entonces podemos leer su previo uso de la metáfora del cuarto como pasos en el camino, o como una serie de puertas, abiertas para revelar respuestas cada vez más claras al enigma de la identidad. Podemos entender las diversas manifestaciones del cuarto como su intento de construir un espacio de palabras que pueda ser habitado por el yo textual.

La imagen del cuarto es tan rica y conmovedora porque es tan íntima. Creo que las grandes metáforas poéticas son una combinación de memoria y sueño; tienen una profundidad tan sugestiva porque cada lector las lee por el lente de su particularidad. Tu cuarto eres tú. Habitas tu cuarto pero también te habita a tí. Los espacios más importantes son en los que hemos entrevisto verdades. Hay espacios que marcan momentos cuando hemos estado más vivos, más conscientes del mundo. Para el poeta, ese espacio es la escritura. Para José Luis Quesada, el cuarto es el espacio de la poesía: es su protección, sus fronteras, su reflejo, sus dimensiones. El cuarto que le ha llegado a gustar es él mismo. Ha logrado unirse con su voz poética, y ésta es auténtica porque él mismo la ha forjado. Es clara y necesaria. Es depurada. Es el cuarto del hombre sencillo. He aquí ese cuarto.

Me gusta este cuarto porque nada contiene
diferente de mí.
Podría ser mejor, pero así lo hice;
durante años lo forjé como un rostro
para mirarme en él.

Amor, no perfección, encontraréis aquí.
Las cosas que lo habitan
poseen la confianza de la naturaleza.
No son muchas o pocas, existen solamente.

Austeridad y paz me ganaron también,
quizás para que no me distraiga
del resplandor de mis sentidos:
los sentidos en selva de objetos
se fruncen y se nublan.

El uso es la humanidad de las cosas.
Por el uso se vuelven una segunda piel.
Lo que se colecciona por vanidad
o se junta en exceso
vida no tiene, yace muerto,
como perla en el puño del avaro.

La mañana del cuarto debe ser clara,
con los objetos necesarios,
a modo de que no se interpongan
entre el sol y nosotros.